



Hacer el mapa. Entre cartografías emergentes y diversidad epistémica en América Latina

César Andrés Ospina Mesa¹

Recibido: 16 de febrero de 2023 / Aceptado: 22 de octubre de 2023

Resumen. Las prácticas cartográficas críticas y colaborativas en América Latina han sido realizadas entre movimientos sociales, grupos étnicos, activistas e investigadores por más de sesenta años. Buena parte de la producción de conocimiento sobre este tema se ha dirigido al hacer cartográfico y muy poco a su carácter epistemológico. El artículo construye una reflexión sobre cómo las prácticas cartográficas en América Latina pueden informar sobre las tensiones y posibilidades de la diversidad cartográfica y epistémica, estableciendo un diálogo con enfoques de las cartografías post-representacionales. Se concluye con la propuesta de ampliar la comprensión epistémica de la cartografía, a partir de pensar el mapa como objeto, identificando las condiciones y procesos de su emergencia, pero también, la vida social y política que el objeto adquiere en su ensamblaje y agencia con personas, materialidades, procesos sociales, políticos y culturales.

Palabras clave: cartografía crítica; cartografía orientada a objetos; diversidad epistémica; mapas; América Latina.

[en] *Making the map. Between Emerging Cartographies and Epistemic Diversity in Latin America*

Abstract. Critical and collaborative cartographic practices in Latin America have been performed by social movements, ethnic groups, activists and researchers for more than sixty years. A good part of the knowledge production on this topic has been directed towards cartography and very little towards interrogating its epistemological nature. Based on the author's doctoral research, the article discusses the state of the art on this topic and reflects upon how cartographic practices in Latin America can offer insights into the tensions and possibilities of cartographic and epistemic diversity, establishing a dialogue with approaches from the post-representational cartographies. It concludes with the proposal to expand the epistemic understanding of cartography, starting from thinking about the map as an object, identifying the conditions and processes of its emergence, but also the social and political life that the object acquires within the assemblage where people, materialities, social, political and cultural processes also partake.

Keywords: critical cartography; object-oriented cartography; epistemic diversity; maps; Latin America.

¹ Investigador y docente, Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia (Colombia).
Email: cesara.ospina@udea.edu.co
<https://orcid.org/0000-0002-5879-1509>

[pt] *Fazer o mapa*. Entre cartografias emergentes e diversidade epistêmica na América Latina

Resumo. Práticas cartográficas críticas e colaborativas na América Latina têm sido realizadas entre movimentos sociais, grupos étnicos, ativistas e pesquisadores há mais de sessenta anos. Boa parte da produção de conhecimento sobre este tema tem sido direcionada à cartografia e muito pouco ao seu caráter epistemológico. O artigo constrói uma reflexão sobre como as práticas cartográficas na América Latina podem informar as tensões e possibilidades da diversidade cartográfica e epistêmica, estabelecendo um diálogo com abordagens das cartografias pós-representacionais. Conclui-se com a proposta de ampliar a compreensão epistêmica da cartografia, ao pensar o mapa como objeto, identificando as condições e os processos de seu surgimento, mas também a vida social e política que o objeto adquire em sua montagem e agenciamento com pessoas, materialidades, processos sociais, políticos e culturais. **Palavras-chave:** cartografia crítica; cartografia orientada a objetos; diversidade epistêmica; cartas; América Latina.

Sumario. Introducción. 1. Elementos de una historia crítica de la cartografía. 2. El debate sobre la cartografía crítica. 3. Entre la cartografía crítica y las cartografías emergentes. 4. Cartografías emergentes en la perspectiva de la diversidad epistémica. Algunas conclusiones. Agradecimientos. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Ospina Mesa, C. A. (2023). *Hacer el mapa*. Entre cartografias emergentes y diversidad epistémica en América Latina. *Geopolítica(s)*. *Revista de estudios sobre espacio y poder*, 14(2), 217-239. <https://dx.doi.org/10.5209/geop.86943>

Los mapas son del momento, se crean a través de prácticas (encarnadas, sociales, técnicas), y siempre se rehacen cada vez que se utilizan. Los mapas son transitorios y fugaces, contingentes, relacionales y dependientes del contexto. Los mapas son prácticas, siempre son mapeos [...] Los mapas no surgen de la misma manera para todos los individuos. Más bien surgen en contextos y a través de una mezcla de prácticas creativas, reflexivas, lúdicas, táctiles y habituales (Kitchin y Dodge, 2007. Traducción propia).

Introducción

Hacer el mapa en el sur global, y en América Latina en particular, ha propiciado una amplia producción de cartografías realizadas por diversos colectivos sociales, en el marco de tensiones con múltiples fuerzas que impactan territorios y comunidades. Se habla de cartografías en plural haciendo alusión a las diversas formas en que la práctica cartográfica es nombrada y realizada por colectivos sociales en la región: cartografía social, mapeamiento participativo, cartografía colaborativa, contra-mapas, nueva cartografía social, entre otras. El panorama general de las prácticas cartográficas en América Latina se ha enfocado en las luchas por la defensa de los territorios rurales, principalmente donde habitan comunidades étnicas y afrodescendientes, pero también en barrios periféricos o zonas urbanas marginalizadas o presionadas por proyectos de gentrificación o infraestructura. Evidencia, a su vez, un acompañamiento prolífico de universidades y grupos de investigación, organizaciones no gubernamentales internacionales y locales, y algunas agencias estatales.

En el marco del enfoque por la defensa del territorio, las reflexiones realizadas en la región han apuntado a las potencialidades del uso de la cartografía como herramienta metodológica para el reconocimiento y autodeterminación de territorios y comunidades, de cara a posturas políticas y disputas epistémicas, territoriales y cartográficas que intentan contrarrestar las intervenciones del Estado y de agentes extractivistas (Acselrad, 2008; Acselrad, 2012; Salamanca y Espina, 2012; Sletto, Bryan, Wagner y Hale, 2020). Brasil es quizás el país con mayor producción académica sobre este tema², mientras que Colombia, México, Ecuador y Argentina se destacan en la publicación de resultados de diversos proyectos de investigación y de intervención, donde la cartografía social ha sido metodológicamente protagonista.

Un artículo reciente sobre el estado de la cuestión de la cartografía social en Brasil y América Latina plantea lo siguiente:

El subcampo de la cartografía social evidencia la existencia de disputas epistemológicas por medio de las cuales los grupos sociales reivindican formas propias de concebir el territorio y sus representaciones, valiéndose de las técnicas convencionales de la cartografía en su acción política. Este es un proceso fundamental para la constitución de esos grupos, no solo como “sujetos que mapean”, sino también como sujetos políticos, desde que les sean garantizadas la autonomía de la producción de la información espacial y de la decisión sobre sus mundos (Acselrad y Nuñez, 2022, pp.199-200).

Dicha autonomía se constituye en la lucha constante de múltiples colectivos y movimientos sociales de la región, a lo largo de la cual la cartografía ha adquirido una gran relevancia como estrategia de construcción colectiva de conocimientos (Montoya, García y Ospina, 2014) sobre la base de los saberes territoriales en disputa. Allí las cartografías ponen en evidencia tensiones epistémicas que intentan posicionar el saber territorial de quienes mapean, frente a las formas en que el conocimiento científico, estatal y corporativo determina el uso y apropiación de los territorios. “Quien habita el territorio es quien lo conoce” se ha convertido en un *leitmotiv* de la producción y uso de cartografías en diversos lugares y colectivos.

Pero la cartografía colectiva se ha hecho más prolífica y diversa. Existen hoy experiencias de mapeo colaborativo muy interesantes que se han trasladado a la virtualidad, entre otras cosas, producto de la reciente pandemia. Incluso las técnicas y temáticas son cada vez más amplias. Encontramos mapeos sonoros³ que intentan ubicar y conectar los sonidos de distintos lugares del mundo; mapeos textiles⁴ que usan diversas técnicas de tejido para representar o testimoniar diferentes situaciones

² El Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia ha realizado una construcción de conocimiento significativa desde hace más de una década. Buena parte de esta producción se encuentra con acceso abierto en su página web: <http://novacartografiasocial.com.br/>

³ “Audiomapa” es una cartografía sonora colaborativa dedicada a compartir, explorar y archivar el paisaje sonoro con un foco en Latinoamérica. Ver: <https://www.audiomapa.org/>

⁴ El Archivo digital de textiles testimoniales en Colombia es un espacio para la documentación, conservación, consulta y puesta en valor de prácticas textiles testimoniales, producidas por mujeres víctimas del conflicto armado en el país. Ver: <http://textilestestimoniales.org/piezas/1>

colectivas o individuales; mapeos del patrimonio urbano o de la memoria⁵; mapeos por la justicia ambiental⁶; mapeos para acciones humanitarias⁷, entre otros.

Esta expansión de la actividad cartográfica da cuenta de lo que Jeremy Crampton (2010) ha denominado como la “democratización de la cartografía”, al ser apropiada por no expertos en la disciplina cartográfica, quienes la reinventan y dinamizan en otros espacios e intereses. A su vez, las reflexiones y enfoques teóricos sobre la cartografía se han visto enriquecidos por nuevas miradas y debates sustentados en aquellas apropiaciones sociales de la herramienta. Hay una *explosión social del mapa* como recurso para dar cuenta de diversos acontecimientos que tienen al espacio o al territorio como ejes de reflexión y análisis, donde el mapa funciona como el punto de llegada o de partida de un imaginario único y particular de quien habita ese territorio.

En ese orden de ideas, las experiencias cartográficas en América Latina han mostrado la potencia de la creación y uso del mapa como un artefacto que intenta subvertir un orden establecido. Pero, aunque han puesto de facto un debate por las disputas territoriales, aún falta profundizar en las posibilidades epistémicas de las cartografías y del proceso cartográfico, dar un paso más allá de la reconocida potencia metodológica y política de la cartografía colaborativa. En este artículo exploro otras posibilidades de reflexión sobre las prácticas cartográficas en América Latina, situándome al margen de los análisis sobre la pertinencia del mapa en la defensa de territorios y poblaciones, y de las representaciones e imaginarios que en él se expresan, asunto por el que ha corrido bastante tinta en la región.

Haciendo esta salvedad, propongo entablar un diálogo con la cartografía post-representacional⁸ (Kitchin, 2010; Kitchin y Dodge, 2007; Rossetto, 2019), para pensar otras posibilidades del mapa en la experiencia cartográfica, comprender su práctica como parte de un ensamblaje complejo, en el que no sólo es producto sino un objeto en conjunción con agentes, dinámicas y procesos sociales, políticos, culturales y económicos que permiten su emergencia. Mi tesis consiste en que si resituamos el mapa en el proceso cartográfico, ya no en su carácter teleológico de producto o resultado de ese proceso, y lo pensamos ensamblado en una práctica compleja que convoca lo humano y lo no humano en la construcción espacial de aquellas disputas, podemos encontrar elementos significativos que nos ayuden a entender cómo se construye conocimiento en esos ensamblajes cartográficos, en una comprensión más amplia y rica de la forma en que opera, se practica y vive la diversidad cartográfica

⁵ La Comunidad SOPA (Red iberoamericana por la gestión social del patrimonio cultural) es una plataforma internacional e informal desde la que se planifican procesos de gestión comunitaria del patrimonio cultural y los bienes comunes. Varios de sus procesos se realizan alrededor del mapeo colaborativo. Ver: <https://bit.ly/3sAzXXi>

⁶ El EJ Atlas recopila historias de comunidades que luchan por la justicia ambiental de todo el mundo, por medio de un geovisor en línea colaborativo. Ver: <https://ejatlas.org/?translate=es>

⁷ MapAction aplica la experiencia geoespacial a situaciones humanitarias para mejorar los resultados de las personas afectadas por eventos naturales. Ver: <https://mapaction.org/>

⁸ Existe un amplio debate en la cartografía crítica sobre los enfoques pos/más que/no representacional, por lo menos desde la publicación del libro de (Pickles, 2004), que plantea un giro epistemológico y filosófico de la cartografía frente a su tradicional forma de representar un espacio. En este artículo se hace un uso indistinto de estas categorías, y reconociendo la particularidad de cada una de ellas, entendiéndolas no como una nueva era de la cartografía, sino como categorías que permiten problematizar y, a su vez, ampliar las formas en que puede comprenderse hoy la práctica cartográfica. Este enfoque nos permite dar cuenta de otros elementos de la dinámica cartográfica que van más allá del mapa. Para conocer el debate sobre el tema, ver los trabajos de Azócar Fernández y Buchroithner (2014) y Rossetto (2015).

y epistémica. Desde esta perspectiva, habrá que preguntarse por la vida social y política del mapa, y por las condiciones de posibilidad de su emergencia colaborativa en la construcción de conocimiento.

Las reflexiones que este artículo propone derivan del estado del arte de la investigación doctoral realizada por el autor entre los años 2020 y 2023, en la que se preguntó por las formas de producción de conocimiento que surgen en los procesos cartográficos de colectivos sociales en América Latina. Para el propósito de este artículo, dicho estado del arte adquiere un carácter reflexivo para explorar otras posibilidades epistemológicas de las cartografías, con el fin de ampliar el debate sobre la diversidad cartográfica y epistémica en América Latina.

El artículo se estructura de la siguiente manera: en el primer apartado se identifican algunos elementos relevantes del debate de la cartografía crítica y las cartografías emergentes, para entender cómo la *práctica cartográfica* teje una red de relaciones entre objetos, máquinas e individuos en los mapeos (Driesser, 2018). Con ello intento pensar el mapa como un nodo que se articula en la dinámica social en la que se enmarca, identificando las posibilidades de encuentro, desencuentro y tensión de los conocimientos en disputa.

En el segundo apartado, se esbozan algunos acontecimientos histórico-críticos de la cartografía, intentando con ello dar cuenta de una geometría del poder donde la cartografía se ha establecido como un dispositivo de producción espacial y de clasificación/ubicación de las poblaciones. En particular, me interesa mostrar las escalas de esa geometría y el lugar del mapa en las disputas cartográficas y epistémicas. Los apartados tercero y cuarto se abren al debate sobre la cartografía crítica y las cartografías emergentes. El panorama de esa discusión me permite ampliar la comprensión epistémica de la cartografía al identificar lo que un mapa es y puede ser, pero sobre todo elaborar la pregunta por el descentramiento del mapa en las prácticas cartográficas; una pregunta de carácter ontológico y epistémico que nos permitiría pensar más ampliamente dichas prácticas y la agencia del mapa en las dimensiones políticas, sociales y culturales en las que emerge. Finalizo con un apartado que, más que concluir, pretende dejar la discusión abierta, conectando en clave de la diversidad epistémica dos experiencias sugerentes: una que nos habla de la vida social del mapa y la segunda que pregunta por la interculturalidad en la práctica cartográfica.

1. Elementos de una historia crítica de la cartografía

Los analistas de la historia de la cartografía, especialmente en su vertiente crítica, han mostrado el rol fundamental de los mapas en las expresiones y dinámicas de poder sobre territorios y poblaciones. Si bien los mapas son en su esencia una forma de representación del espacio que, en diversas escalas, intentan mostrar la realidad del mismo desde sus límites y geografías hasta las diversas relaciones o situaciones conexas a un espacio determinado, por esto mismo han funcionado como un artefacto fundamental en las relaciones de poder que espacialmente ponen en juego agentes, tierras, dinámicas sociales, culturales, políticas y económicas.

Anterior a la expansión marítima de Europa hacia América, el mapa fue una herramienta de ubicación y representación del mundo conocido por el cartógrafo (Montoya, 2007), en el que el centro étnico y el centro geométrico de observación coincidían con la representación del mundo. Con el periodo colonial, la cartografía inicia

una transformación importante que la pondrá en el escenario estratégico del proceso colonizador. Dos etapas, por lo menos, son claves allí: la primera tiene que ver con la elaboración de mapas que mantenían la representación del mundo conocido por el cartógrafo, pero que comienzan a vincular las nuevas tierras de ultramar (Figura 1). Estos mapas representaban los territorios descubiertos como tierras incógnitas, donde habitaban seres monstruosos, comunidades caníbales, entre otros, producto, a su vez, de las representaciones que los viajeros hacían de dichas tierras.

Figura 1. Planisferio de Martin Waldseemüller (1507)



Fuente: <https://bit.ly/3R1ETOX>

A partir del siglo XVIII se va configurando una segunda etapa donde la cartografía ya se ha fortalecido en su tecnología, aunada a fenómenos intraeuropeos como la Ilustración, y en la que los mapas van tomando una forma mucho más objetiva de representación de las tierras conquistadas. La aparición de la perspectiva en el arte y la separación del sujeto que conoce con el objeto conocido en la ciencia, marcaron la forma en que los mapas dejan atrás las representaciones cosmográficas del mundo y asumen un punto de vista más objetivo, donde las cartas van registrando la geografía, las fronteras, las poblaciones y demás aspectos fundamentales para la toma de decisiones por parte del soberano conquistador (Figura 2). La cartografía, entonces, fue constituyéndose no sólo en una herramienta estratégica para el registro de las tierras conquistadas, sino en parte de un dispositivo de gobierno y control sobre esas tierras.

La matriz colonial y racial consolidada en el imaginario y las prácticas de la Europa de los siglos XVIII y XIX en tierras americanas, propiciaron que la cartografía mapeara también a los seres humanos que las habitaban. Allí se configura la tesis del lugar antropológico, entendida como la idea de que nacer en un lugar y tener destinado un sitio de residencia, se convierte en constitutivo de la identidad individual. Castro-Gómez (2005a) argumenta que en el discurso de la geografía se incursiona en el examen de las características físicas y morales de los grupos étnicos en las colonias, con el fin de establecer una relación directa entre identidad y asentamiento

geográfico. Así, varios proyectos que se plantearon en el avanzado siglo XVIII, pretendieron configurar una política espacial que garantizara la defensa militar del territorio, el control sobre pobladores dispersos, reubicarlos en zonas de mayor productividad, combatir el sedentarismo y la trashumancia de la población, cruzar indígenas con una “raza superior”, entre otros procesos (Castro-Gómez, 2005a, p.247 y ss.).

La geografía y la cartografía se fueron consolidando como formas de administrar y construir un orden social y natural. Siguiendo a Ángel, Arbeláez y Olate (2010), los mapas han posibilitado movilizar el mundo o parte de este en dispositivos planos a escala humana o poner el territorio en una mesa de trabajo, lo cual los posiciona como objetos políticos desde donde puede proclamarse la posesión y control a distancia de los territorios. Así, los mapas vienen a ser actos de clasificación, ordenación y nominación que incluyen y excluyen, a su vez que permiten ejercer dominación. Más que dibujar la realidad, la cartografía la anticipa convirtiendo al mapa en un poderoso instrumento de control y planeación.

Figura 2. Una vista de Cartagena con las diversas disposiciones de la flota británica al mando del almirante Vernon. Isaac Basire. Londres 1741



Fuente: <https://bit.ly/48ypdsJ>

Entrado el siglo XIX hay otra transformación en la cartografía. Como bien plantea Duque Muñoz (2006), los mapas fueron registrando no sólo las condiciones geográficas de los territorios, sino que éstas se encontraban en función de proyectos económicos y políticos, por lo que, además, la producción cartográfica se multiplicó desde mediados de siglo promovida por gobernantes, intelectuales y políticos de la época. Este desarrollo de la cartografía fue perfeccionándose y multiplicándose en diversos espacios e intereses a lo largo del siglo XX y XXI, de tal modo que los procesos cartográficos ya no sólo se llevan a cabo desde el Estado y sus

dependencias, sino que diversos agentes han hecho uso de mapas y mapeamientos con objetivos distintos.

Los siglos XX y XXI darán cuenta de los avances tecnológicos de la cartografía en conexión con la Internet, las redes sociales, las aplicaciones y los dispositivos móviles. La cartografía logra insertarse en una estructura social en constante movimiento. Mapear el espacio-tiempo de los individuos y sus dinámicas consuetudinarias, va creando nuevos perfiles importantes tanto para el Estado como para las corporaciones a nivel global. A través de los dispositivos móviles, por ejemplo, vamos dejando rastros de nuestros deseos e intereses, información que va siendo capturada en las Big Data y que posteriormente nos viene devuelta a través de publicidad, promociones comerciales o, en el peor de los casos, a través del registro de nuestro perfil en bases de datos de potenciales sujetos terroristas o delincuentes. Podríamos entender estas nuevas dinámicas de gobierno sobre los individuos y poblaciones como una “pos-colonialidad” del poder (Castro-Gómez, 2005b), entendida como una reactualización de las dinámicas de larga duración que se establecieron en tiempos de la colonia y que continúan clasificando, espacializando e individualizando a la población, solo que ahora en un escenario mucho más complejo donde el Estado es tan sólo uno de sus actores.

Hoy en día todo es susceptible de ser mapeado y cualquier persona o colectivo puede hacer uso de la cartografía para sus propios fines. Este interés por la producción y uso de la cartografía también ha propiciado que sujetos y colectivos resistan o pongan en tensión las incursiones, impactos y transformaciones que sobre sus territorios y poblaciones han causado diversos agentes externos, y donde la cartografía ha sido constitutiva de dichas intervenciones. Desde la década de 1960 por lo menos, diversas comunidades alrededor del mundo fueron apropiándose de la cartografía para re-conocer sus territorios y establecer luchas por la justicia espacial y social. Estas prácticas cartográficas entienden que el mapa es un artefacto de poder y control. Sus procesos de mapeamiento desafían la cartografía oficial y su autoridad científica, abogan por el reclamo de recursos y tierras, demuestran injusticia espacial, desigualdad social y proponen una visión propia de los territorios (Dalton y Thatcher, 2019; Mason-Deese, 2020).

En ese orden de ideas, por lo menos tres factores son relevantes en la relación entre estructuras de poder y cartografía. Desde el primero de ellos, se entiende que la cartografía y los mapas han sido parte constitutiva de las relaciones de poder y formas de gobierno sobre territorios y poblaciones. Desde el periodo colonial hasta bien avanzado el siglo XIX, los mapas se constituyeron en artefactos culturales y políticos determinantes en las decisiones sobre territorios conquistados o intervenidos, por medio de la mirada científica y técnica de expedicionarios, cartógrafos, intelectuales y políticos que veían en los mapas documentos de legitimidad y posicionamiento del poder soberano o estatal.

Un segundo factor consiste en que la cartografía con sus avances tecnológicos fue ampliando sus campos de acción, insertándose en la cotidianidad de las poblaciones y sirviendo como una tecnología clave en la estrategia de securitización, vigilancia y control. Finalmente, un tercer factor se sitúa en la democratización de la cartografía, lo que ha permitido la apropiación, uso y re-creación de la técnica cartográfica, a través de la emergencia de imaginarios cartográficos que diversos colectivos han movilizado en tensión con la científicidad y autoridad de la cartografía oficial. Estos escenarios sociales donde la cartografía es utilizada bien pueden dar

cuenta de procesos que intentan transformar las estructuras de poder configuradas por el Estado, los agentes multilaterales o mundiales, posicionando sus propias estructuras, pero sobre todo poniendo en tensión la larga duración de la matriz (pos)colonial que recae sobre conocimientos y territorios diversos.

2. El debate sobre la cartografía crítica

Existe un panorama amplio de estudios realizados en torno a la cartografía crítica a nivel internacional y en América Latina⁹, si se involucran en esta categoría las diversas formas de mapeo realizadas por colectivos sociales y varios estudios realizados desde la historia de la cartografía. Cartografías sociales, participativas, colaborativas; mapeos participativos, contra-cartografías, nueva cartografía social y cartografías radicales, aparecen entre las nociones más trabajadas para dar cuenta de expresiones cartográficas que intentan no sólo resistir ante la cientificidad y formas de la cartografía convencional, sino que hacen uso de los mapas y, creativamente, construyen cartografías alternativas (Figura 3) para expresar y evidenciar imaginarios geográficos anclados a dinámicas particulares de habitantes y territorios.

Figura 3. Territorio de migrantes (Mapa colectivo de las problemáticas socio-ambientales y de las organizaciones e iniciativas en resistencia)



Fuente: Iconoclasistas.net (2022). Disponible en: <https://bit.ly/3FemlhQ>

⁹ La categoría cartografía crítica no es usada corrientemente en América Latina. Sin embargo, diferentes procesos cartográficos bien pueden denominarse de este modo.

La literatura sobre cartografía crítica evidencia por lo menos tres ámbitos de producción. El primero fue emergiendo hacia el final de la década de 1980 y principios de los años 1990, especialmente en Norteamérica con trabajos de autores como Dennis Wood y John Fels, J.B. Harley, Robert Rundstrom, John Pickles, entre otros (Wood y Krygier, 2009). También a finales de los años 1990 e inicios del 2000, autores latinoamericanos reflexionaron sobre el poder de los mapas desde análisis históricos y proyectos concretos de cartografía con comunidades locales. Estos debates se enfocaron primordialmente en la disciplina cartográfica entendiéndola como una práctica fuertemente institucionalizada por el Estado y el capital. El resultado de esta crítica planteó cómo los mapas fueron cómplices en la historia del colonialismo y el nacionalismo, contribuyendo a su estabilización y legitimación, y también cómo la cartografía no se encuentra fuera de las estructuras de poder convirtiéndose en un poderoso artefacto de control social (Halder y Michel, 2018).

J.B. Harley (2005), como pionero de estos análisis, planteó la cartografía como una forma de conocimiento y poder. Los mapas, más allá de ser una imagen verdadera o falsa de la naturaleza, pueden entenderse como una construcción social, re-describen el mundo al igual que otros documentos, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales. Los mapas son recursos de autoridad, en la medida en que se imbrican con un control de la información y el conocimiento, funcionando como instrumento de control del espacio y facilitando la expansión de los sistemas sociales (Harley, 2005, p. 83).

Usando las palabras de Dennis Wood, Pickles (2004) plantea que en tanto “repositorios” de formas de ver, los mapas son selectivos e interesados, reproducen un sistema de signos particular haciéndolo algo natural y dado. A través de presencias y ausencias, el mapa logra inscribir y luego ocultar su naturaleza interesada (Pickles, 2004, p. 62). El mapa construye una realidad que se diferencia de aquella que vemos, oímos y experimentamos y su magia está en que no nos deja ver la realidad tal cual se nos muestra a nuestros ojos, sino que nos hace ver el mundo como otros lo han visto y como quieren que lo veamos. La cartografía para Wood es, junto con Harley, una forma de discurso político relacionado con la adquisición y mantenimiento del poder, haciendo parte de las historias expansionistas durante generaciones; y en tanto que los mapas pueden ser comprendidos como signos y textos, por esta misma razón pueden ser leídos críticamente (Halder y Michel, 2018).

John Pickles (2004) intenta comprender cómo los mapas y la cartografía han dado forma a nuestro mundo. El mapeo y la razón cartográfica son centrales a la imaginación geográfica, en el entendido de que constituyen elementos cruciales de la inscripción social que produce identidades espaciales. El autor se pregunta por el imaginario cartográfico que prolifera en los espacios y las formas en que podemos vivir en ellos, planteando la tesis de que es “la estructura de la razón cartográfica la que, lejos de inscribir una sola línea de determinación, dibuja y vuelve a dibujar nuestro mundo, borra e inscribe nuevamente, decodifica y recodifica, en una variedad incesante y compleja de formas de desterritorialización y reterritorialización, produciendo identidades múltiples y cambiantes que tomamos como nosotros mismos” (Pickles, 2004, p. 23).

Hace más de una década, John Krygier y Jeremy Crampton (2008), propusieron la cartografía crítica como un campo transdisciplinar que apunta en dos direcciones: por un lado, al amplio conjunto de prácticas imaginativas de mapeamiento y, por el otro, a una teoría crítica que resalta la política de dichos mapeamientos. Los autores

enfatan en la necesidad ya no de observar cómo se mapean objetos e identidades sino en cómo estos son creados a través de la práctica del mapeamiento y la imaginación cartográfica (Crampton y Krygier, 2008), situando la cartografía crítica en la práctica y operatividad de los procesos de mapeamiento y no sólo en lo que se mapea (Crampton, 2010).

En América Latina, la cartografía crítica no ha sido del todo abordada como teoría o categoría de análisis, tal como lo ha sido en el mundo anglosajón. Sin embargo, algunas investigaciones sobre el poder de la cartografía en la colonización de América y el mapeo de poblaciones son significativas al respecto. Walter Mignolo (2016) hace un análisis de la colonización del espacio a partir de la práctica de la cartografía desde el siglo XV. Su tesis radica en que la colonización implicó la administración de tierras y poblaciones “descubiertas” y en ese proceso la cartografía fue una herramienta clave en el ejercicio del poder sobre los territorios. La colonización del espacio fue consolidando una forma de conocimiento donde las concepciones no occidentales fueron desapareciendo de la vista de quienes pertenecían a la misma cultura del cartógrafo. América emergió en la cartografía europea, pero también hubo tensiones producidas por los mapeos elaborados por las civilizaciones amerindias, cohabitando sobre el mapa dos formas de conocimiento. Siguiendo a Mignolo, Castro-Gómez (2005a) enfatiza en la práctica de los mapas como estrategia que incorporó la matematización de la perspectiva separando el centro étnico y el centro geométrico de observación. Con la conquista de América, la cartografía fue dando forma al conocimiento occidental que adoptó un punto de vista fijo y único, una mirada soberana que sale de toda representación. El mapa se convierte en una herramienta desde la que se legitima un punto de vista sobre el que no es posible adoptar ningún punto de vista (Castro-Gómez, 2005a, p. 326).

Dos trabajos recientes abordan la cartografía crítica en América Latina evidenciando el interés por una prolífica producción de proyectos que, en diversos colectivos y geografías, expresan la importancia de la cartografía en la construcción de conocimiento. Sletto *et al.* (2020) compilan procesos cartográficos llevados a cabo con poblaciones indígenas y afrodescendientes, planteando que el mapeo participativo entraría en una nueva fase denominada “cartografías sociales radicales”, caracterizada por una diversidad de propuestas y técnicas que van más allá de entender el mapeo participativo como una herramienta que contesta a la dominación estatal que produce mapas. Esta nueva fase se enfoca en la manera como las comunidades étnicas hacen uso de las tecnologías de mapeo para fortalecer sus procesos de autodeterminación, gobernanza local y administración de los recursos de sus territorios. Este estudio, publicado en inglés, además de tener la pretensión de situar el debate sobre mapeo participativo latinoamericano en el escenario anglosajón, establece encuentros entre las formas de las cartografías sociales en el norte y sur global.

Por su parte, Piazzini y Montoya (2022) recogen reflexiones sobre el lugar de los mapas y contramapas desde una perspectiva histórica y contemporánea. En la introducción al texto, los editores hacen un contundente llamado a pensar las cartografías y los mapas como un escenario socioespacial particular, que entra en relación con otras configuraciones espaciales como el territorio, y cómo los mapas pueden ser considerados agentes no humanos que se conectan con otros actores en la producción del espacio. Este trabajo explícitamente sitúa la producción cartográfica de diversos colectivos en el marco de la cartografía crítica en América Latina, por lo que junto

con el trabajo de Sletto *et al.* (2020), constituyen una revisión general de este tipo de cartografías en la región.

Un segundo ámbito de la cartografía crítica lo podemos situar en los llamados contramapas (Peluso, 1995). Desde allí se plantea la idea de reconocer que los mapas tienen poder y funcionan en el orden mundial para proponer tipos y usos alternativos de mapas. Los contramapas desafían la cartografía oficial y su autoridad científica. El hilo conductor de esta forma de la cartografía es su carácter y compromiso político para desafiar los efectos de poder de la cartografía dominante, alterar las relaciones de poder, cuestionar los supuestos y convenciones de la oficialidad cartográfica. Diversos proyectos de contramapeo han buscado democratizar la construcción de mapas, involucrando a miembros de comunidades, especialmente indígenas, no sólo en la recopilación de datos sino en la misma construcción del mapa propiciando una forma de crear cohesión y capacidades grupales (Hirt, 2012; Louis, Johnson y Pramono, 2012; Mason-Deese, 2020; Wainwright y Bryan, 2009).

Dicha democratización de la cartografía adquiere una expresión política de lucha y posicionamiento de otras representaciones del espacio y sus dinámicas, tal como lo deja ver una compilación de contra-cartografías de diversas partes del mundo titulada *This Is Not An Atlas*, organizada por el colectivo Oranotango (Kollektiv Oranotango, 2018). En esta compilación se referencian experiencias importantes en América Latina, tales como: Geocomunes (México), Iconoclastas (Argentina) y el Proyecto Nova Cartografía Social (Brasil), que en las últimas dos décadas se han posicionado en la región.

El tercer ámbito referente a la cartografía crítica se enfoca en América Latina, donde las experiencias cartográficas críticas se realizan desde categorías como mapeo participativo, colaborativo o cartografía social que, en términos generales, se entienden como poderosas herramientas para el control, la organización y la creación de estrategias comunitarias para transmitir sus visiones hacia el exterior (Acselrad y Régis Coli, 2010). La cartografía social ha sido trabajada también como una metodología de construcción de conocimiento que subvierte los lugares de enunciación, las categorías de validación y la gramática hegemónica de la ciencia positiva occidental (Montoya, 2009, p.116), en clave de “un proceso democrático de construcción de conocimiento a través de la transcripción de la experiencia de los lugares no nombrados, donde los miembros de la comunidad analizan colectivamente los problemas sociales, en un esfuerzo por comprenderlos y solucionarlos” (Habegger y Mancilla, 2006, p.6).

Este tipo de cartografías en América Latina han sido reflexionadas con mayor sistematicidad en Brasil. Dos trabajos son sugerentes: El primero, *Cartografias sociais e território* (Acselrad, 2008), compila una serie de reflexiones de diversos autores acerca del poder de los mapas, las disputas territoriales y cartográficas, al igual que el uso de Sistemas de Información Geográfica para el mapeamiento participativo. Los textos allí recogidos dan cuenta de las posibilidades de las cartografías sociales como esfuerzos de resistencia frente a las dinámicas de la globalización y cómo el uso de las tecnologías en estos mapeamientos fortalece dichas resistencias. El segundo, *Cartografia social e dinâmicas territoriais: marcos para o debate* (Acselrad, 2012), recoge las tensiones territoriales que se expresan en cartografías realizadas por comunidades frente a mapeamientos realizados históricamente por el Estado, que interviene territorios en clave del desarrollo. Las reflexiones allí

recogidas dan cuenta de la capacidad y posicionamiento político de las comunidades al apropiarse de la cartografía desde el escenario participativo.

Por su parte, es la experiencia del Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia (PNCSA) en Brasil, donde más se ha avanzado en una discusión rigurosa y sistemática de la producción y uso de la cartografía social como estrategia de movilizaciones políticas, de lucha y visibilización de derechos territoriales y étnicos (Almeida y Farias Jr, 2013). En particular, la denominación “Nueva Cartografía Social” viene a establecer una ruptura con las concepciones comunes de cartografía social o mapeamiento participativo, entendidas tan sólo como herramientas metodológicas de participación social. Se propone como una práctica investigativa llevada a cabo por las comunidades locales, en “un movimiento constante y un cambio, basado en nuestra comprensión de la cartografía como un proceso explícitamente político conformado por las realidades sociales en lugar de un método de ciencia social “objetivo”, “empírico”, “normativo” y “positivista” (Wagner, cit. en Sletto *et al.*, 2020, p.132).

Estos tres ámbitos de la cartografía crítica permiten ver una fuerte tendencia hacia la crítica del objeto mapa y a la cartografía establecida como científica y disciplinar. De igual modo, a la importancia que han tenido los procesos cartográficos llevados a cabo por diversos colectivos a escala mundial, quienes apropiándose y re-creando la construcción de mapas, han logrado posicionar políticamente sus demandas territoriales. Con ello, se han configurado disputas cartográficas que vinculan las políticas por la representación del territorio y las posibilidades del mapa como objeto político y expresión de un saber territorial.

3. Entre la cartografía crítica y las cartografías emergentes

El epígrafe por el que inicia este artículo plantea algunos elementos interesantes para repensar la cartografía. Por una parte, los mapas son relacionales, obedecen a un contexto y emergen en prácticas sociales. Kitchin y Dodge (2007) han llamado la atención frente a los enfoques de una cartografía crítica que, dando un paso más allá de los análisis de J.B. Harley, se postula como pos-representacional, se nombra como crítica y establece elementos para nuevos análisis de los mapas. Asimismo, Crampton y Krygier (2008) retoman los análisis de J.B. Harley en clave de comprender los mapas como objetos insertos en relaciones de poder y conocimiento, postulando la necesidad de enfocar la mirada en la práctica cartográfica, es decir, ya no situarse en lo que el mapa es o hace sino en el proyecto que lo suscita. Esto plantea una transformación de la ontología cartográfica que ya no pone al mapa como dispositivo objetivo de representación del mundo y al poder que le subyace, sino que lo lleva a una perspectiva relacional, a un horizonte de posibilidades abierto por la contingencia de tiempos, lugares, procesos culturales y sociales en los que los mapas se crean. De allí que para Crampton no hay una teleología de la cartografía donde los mapas cada vez son mejores, más precisos y verdaderos, sino que son producto del aquí y del ahora, por lo que debemos atender al dónde y cuándo se crea el mapa, y dónde y cuándo se utiliza (Kitchin y Dodge, 2007b).

Por su parte, John Pickles (2004) aboga por una cartografía pos-representacional, al entender los mapas en su hacer, en cómo actúan y la forma en que posibilitan nuestra configuración del mundo. De allí que se deban estudiar las prácticas, instituciones y discursos de los mapas, su funcionamiento social y político, y no solamente

sus elementos ideológicos, tal como lo había propuesto Harley. Esta perspectiva foucaultiana postula que los mapas no son un espejo de la naturaleza, sino que son productores de la misma al estar en relación/mediación entre el mundo y nosotros. En este sentido, “un mapa no es una representación del mundo, sino una inscripción que hace (o a veces no hace) su trabajo en el mundo” (Pickles, 2004, citado de Kitchin y Dodge, 2007b, p. 334). En el entendido de que la cartografía ha sido naturalizada e institucionalizada, a través del tiempo y el espacio, como una forma particular de práctica y conocimiento científico, y que otras cartografías son posibles y legítimas, nos permite leer de forma diferente la cartografía científica (Kitchin y Dodge, 2007), repensando la forma en que históricamente se posicionó en el mundo y atendiendo a formas nuevas y alternativas de cartografía.

Sin embargo, la preocupación manifiesta por Kitchin y Dodge (2007) frente a las anteriores posturas, se enfoca en la seguridad ontológica del mapa en esos análisis. En efecto, los mapas siguen siendo seguros como representaciones espaciales que nos dicen algo sobre las relaciones espaciales en el mundo o en otro lugar. A pesar de que el mapa pueda considerarse como parte de una serie de relaciones contextuales y con efectos en el mundo, no deja de ser un mapa. Es decir, su mutabilidad y no representatividad viene a ser un elemento fundamental que se gana con las reflexiones de la cartografía crítica, mas estos análisis vuelven al mapa mismo, como si en él pudiésemos encontrar todas las condiciones de posibilidad de su inscripción en el mundo.

Frente a lo anterior, Kitchin y Dodge (2007) proponen repensar los mapas y la cartografía ya no desde una perspectiva óptica (el ser de los mapas) sino desde su naturaleza ontogénica (cómo emergen los mapas). Su argumento es muy potente al plantear que:

Un mapa nunca es un mapa con una seguridad ontológica asumida; se introduce en el mundo y se le hace funcionar a través de prácticas como reconocer, interpretar, traducir, comunicar, etc. No re-presenta el mundo (dando forma a la manera en que pensamos sobre el mundo); es una producción co-constitutiva entre la inscripción, el individuo y el mundo; una producción que está en constante movimiento, siempre tratando de parecer ontológicamente segura (Kitchin y Dodge, 2007, p. 336).

La ontogénesis de la cartografía implica encontrar en la práctica las condiciones de posibilidad de emergencia de uno u otro mapa. La práctica cartográfica debe ser entendida como práctica social, que puede constituirse de referentes y acciones técnicas, culturales, políticas o económicas, pero que al conjugarse hacen que algo llamado mapa emerja como un objeto con implicaciones en diversos tiempos, espacios y poblaciones. Se trata, siguiendo a estos autores, de un cambio de la ontología de las cosas a su emergencia; en otras palabras, de una representación segura a la práctica y su desarrollo.

En tanto que práctica social, la emergencia de un mapa nos lleva a pensar en el agenciamiento que lo hace posible. La cartografía se convierte en un conjunto de prácticas que intentan resolver problemas espaciales (Kitchin y Dodge, 2007, p.337), por tanto, es contingente, fugaz, relacional y depende siempre del contexto. La cartografía es procesual, lo que implica que los mapas siempre están en construcción, su movilidad e interacción social re-mapean las representaciones allí expresadas de manera creativa, lúdica, tecnológica o epistemológica. Esta mutabilidad de los mapas

permite entenderlos ya no desde la perspectiva de lo que es un mapa (lo que representa) ni de lo que hace (comunica y transmite), sino desde su carácter emergente, relacional e integrado a un contexto. Aquí la ciencia planteando cuestiones técnicas y el análisis de la cartografía planteando cuestiones ideológicas, se sitúan en el carácter procesual de la cartografía, en el entendido de que ambas intentan saber cómo surgen los mapas a través de determinadas prácticas (Kitchin y Dodge, 2007, p.342).

Los autores que venimos referenciando plantean una original forma de estudiar la cartografía, entendiéndola ya no como una ciencia de las representaciones sino como una ciencia de las prácticas. Pero es Tania Rossetto (2019) quien ha llevado un poco más lejos las propuestas de Kitchin y Dodge, al insistir en que la cartografía crítica de la década de 1990 universalizó el mapa, la trata como una práctica vinculada al poder, a las instituciones y élites sociales y políticas, dejando de lado la amplia posibilidad de hacer visibles y comprender modos diversos de hacer cartografía.

Más allá de hacer un abordaje de la naturaleza de los mapas, Rossetto incursiona en la cartografía pos-representacional o emergente, explorando la amplia posibilidad de las prácticas cartográficas y mapas vivos, que por lo menos desde los años 1960 vienen ocurriendo en diversas partes del mundo. Estas prácticas cartográficas no sólo son analizadas por la autora desde su perspectiva relacional o procesual, como lo plantean Kitchin y Dodge, sino que sitúa al mapa como objeto, como un actor no humano que existe y tiene vida propia. Desde el enfoque de la Ontología Orientada a Objetos (OOO) de Graham Harman (2016b) y otros (Ramírez, 2016), la autora aboga por una cartografía orientada a objetos que considere los mapas (y otros objetos cartográficos) como relacionales, pero también como objetos que tienen vida propia.

En términos generales, la OOO tiene soporte en el realismo especulativo donde se plantea que la realidad existe independientemente de la mente humana, a diferencia del correlacionismo donde la realidad y los objetos son tratados como construcciones mentales, culturales o del lenguaje. Por lo menos dos posturas caracterizan la OOO. Para Harman (2016a), el objeto real tiene unas condiciones reales de existencia que se nos escapan al intentar capturarlo por medio de los sentidos. El objeto nunca se agota en las relaciones con los humanos y es de cierta manera más profundo que sus relaciones. Otra postura en la OOO propone un sentido más relacional. Para Bryant (2014, cit. en Rossetto, 2019), los objetos actúan, tienen capacidades, redes y ensamblajes humanos y no humanos. Los objetos tienen una función en el mundo, por lo tanto, captar su relacionalidad es poder establecer la agencia de lo no humano. Bien lo plantea Gerlach:

La cartografía como espectáculo no puede concebirse sin tener en cuenta la implicación y posible actuación de los actores no humanos. Antigua o contemporánea, la cartografía como actuación siempre ha dependido de lo no humano; material e instrumental; papel, transportadores, satélites y dispositivos GPS, por nombrar sólo algunos de estos elementos. Aunque parece inmediatamente irrealizable centrarse en lo no humano, lo que importa es cómo *interviene* lo no humano en la cartografía y, por tanto, cómo actúa la cartografía. Probablemente ya seamos demasiado conscientes de cómo interviene lo no humano, dado el papel del propio mapa: ¡un artefacto o actuación no humana que tiene consecuencias materiales e inmatrimales! (Gerlach, 2014, cit. en Rossetto, 2019, pp. 32-33. Traducción propia).

Estas claves de la cartografía orientada a objetos permiten pensar ya no sólo en el mapa como representación o como el resultado último de un proceso cartográfico. De igual manera, apuntan a no entender el mapa como un objeto de conocimiento en el que está dado el territorio o sus relaciones. Pensar el mapa como objeto, en su sentido más que representacional, permite abordar otras ontologías de las prácticas cartográficas. Su sentido procesual, de agencia y de contexto pueden potenciar la comprensión de los procesos sociales y la emergencia de esta práctica en diversos movimientos, colectivos y actores sociales.

En la perspectiva de lo que se ha llamado diversidad epistémica, pensamiento decolonial o interculturalidad en América Latina, las prácticas cartográficas así entendidas tienen mucho que aportar. Hasta el momento, los distintos procesos cartográficos que se asientan en tensión con la cientificidad y colonialidad del conocimiento moderno occidental, han puesto el énfasis en el mapa como resultado y como herramienta de formas otras de representar el mundo en clave de la defensa del territorio. Considero que allí falta mucho por aportar, teniendo en cuenta que dichos análisis se asientan en la seguridad ontológica de los mapas, entrando en una tensión reactiva con los mapas oficiales o convencionales. Pensar la práctica cartográfica como práctica social y comprender el mapa como un objeto que entra en agencia con lo humano y no humano de un contexto particular, nos puede brindar elementos que permitan tener una perspectiva más amplia de la forma en que puede operar la diversidad epistémica. En el siguiente apartado, esbozamos algunas ideas al respecto.

4. Cartografías emergentes en la perspectiva de la diversidad epistémica

El esbozo de una historia crítica de la cartografía nos plantea la estrecha relación entre mapa, conocimiento y poder, y las transformaciones de la práctica cartográfica en su re-ensamblaje con formas de gobierno sobre territorios y poblaciones, especialmente del sur global. Desde el famoso libro *La invención de América* (O’Gorman, 2006), vemos bosquejar el impacto de los mapas en la construcción del imaginario de lo que somos como región. Esa historia crítica de la cartografía también nos dejó ver que la cartografía ha sido una estrategia fundamental en la consolidación del conocimiento científico, objetivo y desarticulador de toda referencia humana en el conocimiento de la realidad. Pero, también, que individuos, colectivos y movimientos sociales se han apropiado de esa técnica, otrora reservada para científicos y expertos, incorporándola en el quehacer propio de sus luchas.

Con el debate sobre la cartografía crítica hemos ganado un enfoque procesual y más que representacional, donde el mapa, aún inserto en la relación entre conocimiento y poder, no se supedita a sus aspectos ideológico-políticos. Por el contrario, en el entendido de que el mapa hace algo, la mirada estaría puesta no en aquello que se dibuja sino en la emergencia del objeto y lo que se está representando. Sin embargo, en dichas posturas el mapa sigue siendo el centro de gravedad. Constantemente hay un retorno al mapa y a sus condiciones de posibilidad. El mapa sigue siendo el centro, a pesar de que la Cartografía Orientada a Objetos lo sitúe en su perspectiva relacional.

Mi apuesta por comprender la posibilidad de descentramiento del mapa en las prácticas cartográficas, como un objeto o nodo que se agencia a las dinámicas de colectivos sociales en América Latina, tiene su expresión en tres perspectivas que

considero sugerentes: 1) El carácter emergente de la cartografía, 2) la vida social del mapa, 3) la práctica cartográfica en el diálogo intercultural. Para la primera, ya este artículo ha expuesto algunos elementos para el debate. Quisiera detenerme en las dos últimas, provenientes de reflexiones no supeditadas a la cartografía, pero que nos dan luces para pensar su práctica.

Un reciente texto de investigadoras colombianas acerca de las pedagogías textiles (González-Arango, Villamizar-Gelves, Chocontá-Piraquive y Quiceno-Toro, 2022), plantea una serie de pistas interesantes para pensar lo que hemos llamado la vida social del mapa. A propósito de las piezas textiles que elaboran colectivos de mujeres víctimas del conflicto armado colombiano, y que se vinculan a procesos de memoria y sanación, las autoras comprenden dichas piezas como una forma particular de activismo textil (2022, p.127). Son las trayectorias, las relaciones que hacen posibles y logran crear, lo que hacen de dichas piezas textiles testimoniales. Este carácter no recae solamente en lo que las piezas narran explícitamente como documentos, sino que son los circuitos y relaciones que establecen lo que hacen de ellas testimoniales, ya que cada pieza “al ser una memoria viva que interactúa con distintos actores y se entrelaza con otras materialidades que la acompañan o le son semejantes, crea espacios para el diálogo que resaltan su potencial pedagógico y político” (2022, p.128).

Figura 4. Cartografía del tiempo (Plano general)



Fuente: fotografía por Laura Junco, 2019. Disponible en González-Arango (2020).

En particular, resalto dos piezas de las cuatro referenciadas por las autoras. Son, a mi modo de ver, piezas cartográficas textiles¹⁰ elaboradas por dos colectivos de

¹⁰ Comprendo la cartografía textil como una categoría y una práctica que expresa formas no convencionales de producción de conocimiento y, a su vez, formas otras de producción del espacio social, donde el conocimiento y la memoria se espacializan en una convergencia material y simbólica que emerge en el proceso del tejido, del bordado o de la unión de objetos en la tela. Un análisis más amplio sobre este tema, lo realizo en un capítulo de libro de próxima publicación.

mujeres víctimas del conflicto armado colombiano en el municipio de Sonsón, Antioquia y en el corregimiento de Mampuján, María la Baja, Bolívar. La primera, denominada “Cartografía del tiempo” (Figura 4), fue elaborada por el colectivo de tejedoras por la memoria de Sonsón. Es una pieza tejida en el año 2015 conformada por 28 cuadros bordados, ordenados por años a modo de una línea de tiempo. El telón mide 232 cm de ancho x 344 cm de alto, y se compone de una amplia variedad de telas e hilos de colores.

La segunda, denominada “Cartografía de Mampuján” (Figura 5) y elaborada por el colectivo de Mujeres Tejiendo sueños y sabores de paz de Mampuján, es una gran tela azul que mide 60 cm de ancho x 145 cm de alto, en la que se encuentran diversos retazos de tela e hilos de colores cosidos en la técnica “tela sobre tela” y apliques. Fue una pieza elaborada para la conmemoración de lo ocurrido el 10 de marzo del 2000 a manos del bloque paramilitar Montes de María. En la pieza hay una representación de la alegría y la vida en el pueblo que fue abandonado.

Figura 5. Cartografía de Mampuján (plano general de la pieza)



Fuente: fotografía por Laura Junco, 2019. Disponible en González-Arango (2020).

En la primera tela, cada uno de los cuadros representa una memoria del conflicto vivido por las mujeres que participaron de la elaboración de la pieza. En sí misma, la tela está constituida por relatos de experiencias y conocimientos compartidos sobre el conflicto armado. Cada testimonio tejido es un acontecimiento que, en conjunto, construye una espacialidad del conflicto y la memoria de Sonsón. De la misma forma, la cartografía de Mampuján es un testimonio del saber identitario de las mujeres afrodescendientes que hace memoria de la cotidianidad de sus prácticas antes del desplazamiento. La pieza funciona como dispositivo de transmisión pedagógico de dichos saberes hacia las nuevas generaciones, pero también se constituye en un documento político que da testimonio de lo acontecido.

En sus trayectorias, interacciones y encuentros, tanto en los colectivos que las realizaron como con espacios y personas externas al proceso, estas cartografías textiles reactivan los diálogos sobre la memoria individual y colectiva, y funcionan como mediadoras en la construcción de conocimiento sobre lo que pasó en los territorios, pero también sobre otras geografías del conflicto. La vida social de estas cartografías textiles posibilita, así, su actualización política y pedagógica. Siguiendo a las autoras:

Resaltamos que los textiles testimoniales creados por artesanas, bordadoras, costureras y tejedoras devienen herramienta política, no sólo por su potencial de documentar hechos sobre el conflicto armado, sino también por la activación visual y sensorial que genera en quienes se relacionan con los telones, al proponer espacios de encuentro donde lenguajes que no son hegemónicos posibilitan otras formas de escuchar, sentir y conectarse con las historias o experiencias de quienes las producen (González-Arango *et al.*, 2022, p.142).

Ahora bien, la tercera perspectiva sitúa la práctica cartográfica en el diálogo intercultural. En este debate, denominado de varias formas como: diversidad epistémica, diálogo de saberes, epistemologías pluralistas, entre otras, hay un hilo conductor que aboga por la inclusión y legitimación de los saberes históricamente apartados del conocimiento moderno occidental. Sin embargo, para Piazzini (2020) los retos de una investigación intercultural requieren de nuevas miradas y estrategias epistemológicas y metodológicas, que permitan superar las asimetrías en la construcción de conocimiento. Para ello, el autor propone algunos retos que, en el marco de las dinámicas de los procesos cartográficos, resultan sugerentes de analizar. Me detengo en uno de ellos.

Luego de discutir sobre el debate de la inconmensurabilidad de los conocimientos, Piazzini (2020) plantea la necesidad de superar los esencialismos sobre Occidente y el Resto, los modernos y los no modernos, indígenas y no indígenas, etc., so pena de seguir movilizandando la idea de que cada cultura o subcultura posee una episteme propia y diferente de las demás, lo que a falta de una reflexividad crítica puede llevar a una adopción implícita de un enunciado fuerte de inconmensurabilidad, y por ende, a la clausura de la posibilidad de diálogo intercultural (Piazzini, 2020, p.46). Muchas prácticas cartográficas tienen este problema, sobre todo aquellas que se realizan con comunidades étnicas, al considerar que son ellas las que realmente conocen el territorio, quienes pueden salvaguardarlo y que sus epistemologías son únicas, pero contaminadas por el mundo exterior:

En una inversión de la relación asimétrica que históricamente se ha establecido entre académicos y sujetos subalternos, que puede estar justificada en términos de una estrategia de acción afirmativa, se concede al “otro” el dominio de un conocimiento absoluto y suficiente de las realidades de su existencia, con lo cual se haría necesario investigar para generar nuevos conocimientos [...] Después de la necesaria desesencialización de los conceptos exóticos de otredad que se han recreado en los discursos sobre multiculturalidad e interculturalidad, es viable advertir lo que los “otros” tienen de común, corriente y compartido con “nosotros” (Piazzini, 2020, p.47).

En ese común, corriente y compartido, la presencia de otras alteridades deberá ser fundamental para un diálogo intercultural. Las prácticas cartográficas dan cuenta

de la diversidad de materialidades, geografías, seres vivientes, herramientas tecnológicas, discursos, que entran en relación y pueden ser tenidas en cuenta en la investigación, luchas, debates y reflexividades de la diversidad epistémica. Un ejemplo: en la práctica de contra-mapeo se produce una relación de tensión epistémica, cartográfica y territorial con quien ha mapeado primariamente el territorio en disputa (Estado, corporaciones u agentes externos), pero también con los habitantes de ese territorio y sus discursos, imaginarios, relacionamientos con su entorno y otros agentes. Quienes proponen el contramapa entran en escena con las herramientas tecnológicas de georreferenciación, sus discursos e imaginarios cartográficos del territorio; territorio ajeno a ellos en buena parte de los casos.

En esa red de relaciones de poder no es tan sencillo conceder al otro un conocimiento absoluto de las realidades de su existencia. Por el contrario, lo que opera ahí es una geometría de poder que pone en juego actores humanos y no humanos que, de acuerdo a las estrategias implementadas en la disputa pueden prevalecer o no determinadas epistemes, territorialidades o cartografías. Lo importante allí es, siguiendo la sugerencia de Piazzini, encontrar aquello que es común o las condiciones de posibilidad del diálogo intercultural. Pienso, por ejemplo, en cómo el uso y apropiación de tecnologías de mapeamiento ha servido a uno y otro actor para desplegar, transformar o construir imaginarios cartográficos que transforman o crean territorio y territorialidades. De qué manera ese otro mapa elaborado bajo la rúbrica convencional de la cartografía, pero que expresa situaciones particulares del territorio mapeado, es puesto en el espacio estatal para hablar su mismo lenguaje y establecer las demandas correspondientes. O cuando ese otro mapa es llevado a instancias estatales o internacionales no por la comunidad afectada sino por el investigador-activista, quien traduce a través de su voz los conflictos locales de una comunidad.

Las prácticas cartográficas expresan la complejidad de relaciones de tensión y de poder entre actores diversos, pero entendiendo que el diálogo intercultural, la diversidad epistémica o el diálogo de saberes no es un asunto de construcción horizontal del conocimiento. Asistimos, mejor, a diálogos siempre en tensión, algunos más reactivos que otros, algunos más posibilitadores que otros. Poner la mirada sobre la práctica, descentrar el mapa y dar su lugar de agencia y agenciamiento; atender a las geometrías de poder que emergen en las relaciones entre actores humanos y no humanos en las disputas cartográficas, e identificar aquello común en posibles diálogos interculturales mediados por la cartografía, bien nos puede ayudar a pensar nuevas ontologías y epistemes cartográficas, desenzualizar al otro y continuar en una construcción de conocimiento socialmente pertinente.

Algunas conclusiones

Se hizo referencia a cómo la cartografía que emerge en el siglo XVI se configuró en una estrategia fundamental para hacer tabula rasa de territorios, poblaciones y conocimientos, de cara al proyecto colonizador; proyecto que sigue vigente por otros medios, tecnologías y discursos, pero ante el cual diversos colectivos sociales en el mundo han resistido de manera creativa y prolífica por medio de la cartografía. Sin embargo, las prácticas cartográficas realizadas por colectivos sociales se caracterizan por la co-construcción de conocimiento entre actores comunitarios, activistas, academia, ONG, entre otros. Sobre la base de intereses específicos por la defensa del

territorio y la autodeterminación de las poblaciones afectadas por diversos conflictos, en la práctica cartográfica se interrelacionan materialidades, discursos, saberes, geografías, tecnologías y lugares de enunciación que generalmente apuntan a la elaboración de mapas que servirán como herramienta de las luchas ante agentes que intervienen en los territorios.

Con todo, se ha planteado la reflexión sobre que la práctica cartográfica no finaliza con la elaboración de un mapa, sino que éste sigue movilizándose en distintos escenarios sociales que mantienen la vivacidad del objeto y, por supuesto, las condiciones de posibilidad de su emergencia. Un diálogo con las reflexiones sobre cartografías post-representacionales, permite ampliar el debate y la investigación sobre cartografías colaborativas en América Latina, ampliando el espectro metodológico-político desde el cual han reflexionado.

En ese diálogo, encuentro que el mapa adquiere vida social y política más allá del contexto de su creación, en la medida en que es movilizado e interactúa con otros actores, geografías y discursos. Creo que allí hay un campo interesante de exploración en clave del diálogo intercultural o de la diversidad epistémica y cartográfica, sobre todo en la necesidad de comprender la operatividad de la misma, es decir, su emergencia. Las prácticas cartográficas en América Latina bien pueden evidenciar esa operatividad.

Agradecimientos

Este artículo se deriva de la tesis doctoral: “‘Hacer el mapa’. Cartografías emergentes y diversidad epistémica en América Latina”, del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia, y de la investigación: “Tensiones y potencias de las cartografías sociales en Colombia (1980-2020)”, ambos proyectos apoyados con recursos de sostenibilidad del Grupo Estudios del Territorio y el respaldo del Instituto de Estudios Regionales de la misma universidad. Agradezco al profesor Vladimir Montoya Arango, director de la tesis, por sus lecturas y aportes al presente texto

Referencias bibliográficas

- Acselrad, H. (Org.) (2008). *Cartografias sociais e território*. Rio de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro / Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano e Regional.
- Acselrad, H. (Org.). (2012). *Cartografia social e dinâmicas territoriais: marcos para o debate* (2ª. ed.). Rio de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro / Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano e Regional.
- Acselrad, H., y Nuñez, R. (2022). Cartografía social en Brasil y en la América Latina: desafíos epistemológicos y metodológicos de mapeos contra-hegemónicos de los espacios y territorios. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 31(1), 196-210. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v31n1.85221>
- Acselrad, H., y Régis Coli, L. (2010). Disputas territoriales y disputas cartográficas: el surgimiento de nuevos sujetos “cartografantes”. *Revista internacional de filosofía política*, 35(35), 63–86.

- Almeida, A. W. B., y Farias Jr, E. A. (Orgs.). (2013). *Povos e comunidades tradicionais: nova cartografia social*. Manaos: UEA.
- Ángel, D., Arbeláez, M., y Olarte, N. (2010). *Ensamblando la nación. Cartografía y política en la historia de Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Castro-Gómez, S. (2005a). *La Hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la nueva grande (1750-1816)* (1a ed.). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. (2005b). *La poscolonialidad explicada a los niños*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca / Instituto Pensar, Universidad Javeriana.
- Crampton, J. W. (2010). *Mapping: A Critical Introduction to Cartography and GIS*. Chichester: John Wiley & Sons.
- Crampton, J. W., y Krygier, J. (2008). Uma introdução à cartografia crítica. En H. Acselrad (Ed.), *Cartografias sociais y território* (pp. 85-111). Universidade Federal do Rio de Janeiro / Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano e Regional.
- Dalton, C., y Thatcher, J. (2019). Checking in on Critical Cartography. *Cartographic Perspectives*, 92, 7-9. <https://doi.org/10.14714/cp92.1557>
- Driesser, T. (2018). Maps as objects. En S. Lammes, C. Perkins, A. Gekker, S. Hind, C. Wilmott y D. Evans (Eds.), *Time for mapping. Cartographic temporalities* (pp. 223-237). Manchester: Manchester University Press. <https://doi.org/10.7765/9781526122520>
- González-Arango, I. (2020). *Archivo Digital de Textiles Testimoniales*. Recuperado de <http://www.textilestestimoniales.org/piezas/2>
- González-Arango, I., Villamizar-Gelves, A., Chocontá-Piraquive, A., y Quiceno-Toro, N. (2022). Pedagogías textiles sobre el conflicto armado en Colombia: activismos, trayectorias y transmisión de saberes desde la experiencia de cuatro colectivos de mujeres en Quibdó, Bojayá, Sonsón y María La Baja. *Revista de Estudios Sociales*, 79, 126-144. <https://doi.org/10.7440/res79.2022.08>
- Habegger, S., y Mancilla, I. (2006). *El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o la Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio*. Recuperado de <https://bit.ly/2T6bWCN>
- Halder, S., y Michel, B. (2018). Introduction. En Kollektiv Oranotango (Ed.), *This Is Not an Atlas. A global Collection of Counter-Cartographies* (pp. 12-19). Bielefeld: Transcript Verlag.
- Harley, J. B. (2005). *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Harman, G. (2016a). El camino a los objetos. En M. T. Ramírez (Ed.), *El nuevo realismo: la filosofía del siglo XXI* (pp. 170-192). Ciudad de México: Siglo XXI.
- Harman, G. (2016b). *El objeto cuádruple. Una metafísica de las cosas después de Heidegger*. Barcelona: Anthropos editorial.
- Hirt, I. (2012). Mapping dreams/dreaming maps: Bridging indigenous and Western geographical knowledge. *Cartographica*, 47(2), 105-120. <https://doi.org/10.3138/carto.47.2.105>
- Kitchin, R. (2010). Post-representational Cartography. *Lo Squaderno*, 15, 7-12.
- Kitchin, R., y Dodge, M. (2007). Rethinking maps. *Progress in Human Geography*, 31(3), 331-344. <https://doi.org/10.1177/0309132507077082>
- Kollektiv Oranotango. (2018). *This is not an atlas. A Global Collection of Counter-Cartographies*. Bielefeld: Transcript Verlag.

- Louis, R. P., Johnson, J. T., y Pramono, A. H. (2012). Introduction: Indigenous cartographies and counter-mapping. *Cartographica*, 47(2), 77–79. <https://doi.org/10.3138/carto.47.2.77>
- Mason-Deese, L. (2020). Countermapping. En A. Kobayashi (Ed.), *International Encyclopedia of Human Geography* (Vol. 2, pp. 423-432). Ámsterdam: Elsevier. <https://doi.org/10.1016/B978-0-08-102295-5.10527-X>
- Mignolo, W. D. (2016). *El lado más oscuro del Renacimiento. Alfabetización, territorialidad y colonización*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Montoya, V. (2007). El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía. *Universitas Humanística*, 63, 155-179.
- Montoya, V. (2009). La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales. En C. I. García y C. I. Aramburo (Eds.), *Universos Socioespaciales. Procedencias y destinos* (pp. 113-136). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Montoya, V., García, A., y Ospina, C. (2014). Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos. *Nómadas*, (40), 191-205.
- Muñoz Duque, L. (2006). Geografía y cartografía en la Nueva Granada (1840-1865): Producción, clasificación temática e intereses. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 33, 11-30.
- O’Gorman, E. (2006). *La invención de América: Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir* (4ª. ed.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Peluso, N. (1995). Whose Woods are These? Counter-Mapping Forest Territories in Kalimantan, Indonesia. *Antipode*, 27(4), 383-406.
- Piazzini, C. (2020). Investigaciones interculturales: el problema de inconmesurabilidad. En J. Basini, D. Tavares dos Santos y D. da Silveira (Eds.), *Povos tradicionais III. Fronteiras e Geopolítica na América Latina. Uma proposta para a Amazônia* (Autografía).
- Piazzini, C., y Montoya, V. (Eds.). (2022). *Cartografías, mapas y contramapas*. Medellín: Universidad de Antioquia, Fondo Editorial FCSH de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas.
- Pickles, J. (2004). A History of Spaces. Cartographic reason, mapping and the geo-coded world. En *A History of Spaces* (1st ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203351437>
- Ramírez, M. T. (Ed.). (2016). *El nuevo realismo: la filosofía del siglo XXI*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Rossetto, T. (2019). *Object-Oriented Cartography. Maps as Things*. Londres: Routledge.
- Salamanca, C., y Espina, R. (2012). *Mapas y derechos: Experiencias y aprendizajes en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Rosario.
- Sletto, B., Bryan, J., Wagner, A., y Hale, C. (Eds.). (2020). *Radical Cartographies: Participatory Mapmaking from Latin America*. University of Texas Press.
- Wainwright, J., y Bryan, J. (2009). Postcolonial Reflections on Indigenous Counter-Mapping in Nicaragua and Belize. *Cultural Geographies*, 16(2), 153-178.
- Wood, D., y Krygier, J. (2009). Cartography: Critical Cartography. En R. Kitchin y N. Thrift (Eds.), *International Encyclopedia of Human Geography* (1ª. ed., pp. 340–344). Ámsterdam: Elsevier. Recuperado de http://makingmaps.owu.edu/elsevier_geog_criticalcartography.pdf